

Lie don Cleto González Viquez

H  
056  
R4257rep  
C.R.

# roducción

Número 131. — Tomo VIII.

15 de Octubre de 1925



Director:

Elias Jiménez Rojas  
San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

---

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.



# REPRODUCCION

No. 131 \* 15 de Octubre de 1925 \* Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No 230

---

---

## Sobre latinismo

*La Nueva Democracia*, importante publicación castellana de Nueva York, en su edición de enero de este año, reproduce una curiosa y valiente incitación dirigida por el Licdo. señor José Vasconcelos, a la América Española. Quiere el Lic. que «reneguemos del latinismo». <sup>(1)</sup> Harto de la hueca palabrería que se gasta para enaltecer nuestra prosapia latina, el señor Vasconcelos analiza el latinismo y llega a la conclusión de que se trata de un concepto ajeno a nuestros intereses y que, en consecuencia, debemos prescindir de su empleo en nuestras cosas.

De acuerdo en principio con la reacción que representa la protesta del

---

(1) Ver REPRODUCCIÓN número 120, página 278.





señor Vasconcelos contra el abuso de palabras sonoras de escaso contenido, creo, sin embargo, que el eminente articulista exagera, y que cae, por exagerar, en el mismo pecado que condena. Censura a los declamadores, pero, a su vez, declama. Convengo en que no todo cuanto expresa el latinismo es grande y digno de alabanza, pero juzgo que tampoco es todo pequeño y condenable en él, como cree el señor Vasconcelos. Por otra parte, el señor Vasconcelos edifica su dialéctica sobre premisas o hechos falsos, generaliza sin más base que algunos datos aislados o incompletos, hace comparaciones impropias que producen contrastes imaginarios y, de este modo, sienta conclusiones caprichosas o arbitrarias.

Voy a probar mis afirmaciones.

El señor Vasconcelos empieza por asegurar que jamás ha sentido «entusiasmos latinos». Esto deja entrever que los latinos eran entusiastas, cosa que después no encaja bien dentro del cuadro de la psicología latina que nos traza el mismo señor Vasconcelos. Según el señor Vasconcelos, el latinismo

es la «reglamentación excesiva», el «ordenamiento», la «norma fría», lo «limitado», la «petrificación en reglas», etc., rasgos todos que excluyen el entusiasmo.

«La República—dice el articulista—organizó la vida cívica, la familia, la ciudad, el derecho público y privado». A la verdad que no es poco organizar en el mundo antiguo, frente a lo único organizado que había: el despotismo de Oriente; y en presencia del mal ejemplo de los pueblos griegos, desgarrados por la anarquía, corroídos por la corrupción, divididos por mezquinas rivalidades. Sin embargo, el notable talento organizador del pueblo romano apenas constituye una cualidad positiva y digna de elogios para el señor Vasconcelos, porque todo eso lo hizo la República, «no a la manera libre de Atenas, sino conforme a un principio que había de ser la característica de la civilización nueva, un principio constructivo, pero sin vuelo: la disciplina, el reglamento, la norma».

No resulta clara esa *manera libre de Atenas* que señala el señor Vasconcelos, sobre todo en oposición al *principio*

*constructivo pero sin vuelo*, de los romanos, o sea, a la disciplina, al reglamento, a la norma. ¿Es que en Atenas se organizaban la vida cívica, la familia, la ciudad, el derecho público y privado, por otro procedimiento que no fuera la disciplina impuesta por la ley? De seguro que no. La índole misma de aquellas instituciones justifica esta respuesta negativa. Porque la organización de la familia y de cualquiera otra institución social, presupone siempre la implantación de reglas normativas y coercitivas, es decir, el imperio del *principio constructivo, pero sin vuelo*, que se llama *ley*, así sea en Atenas como en Roma, en Londres o en el centro del Africa.

La disciplina, el reglamento, la norma, según el señor Vasconcelos, son útiles como medios, pero opresores y perversos cuando se convierten en fines. Perfectamente. Pero cabe preguntar: ¿eran fines en Roma? Los romanos, que yo sepa, no se disciplinaban por el mero prurito de disciplinarse. La disciplina constituía para ellos un medio, como en todas partes. Cuando el legionario romano prestaba acatamiento

a las órdenes del cónsul, no se puede suponer que este acatamiento fuera motivado por el acatamiento mismo, sino por la mayor eficiencia que presta a todo ejército la disciplina de los subordinados.

Nos asegura el señor Vasconcelos que «el pueblo griego *disciplinado, pero además inspirado*, había superado a todos los pueblos». Convenido; ¿pero hasta qué punto? Según parece, para el señor Vasconcelos es la inspiración el elemento alado que entre los griegos evitaba que la disciplina fuera un *principio constructivo, pero sin vuelo*. Y veamos lo que hay de verdad en eso. A pesar de la afirmación del señor Vasconcelos, Grecia se ha distinguido poco por la disciplina, excepción hecha de Esparta, donde la disciplina había sido llevada a extremos considerablemente más odiosos que en Roma. De todas maneras, los pueblos griegos, aparte del lacédemonio, no se prestan para modelos de disciplina. En cambio, su breve, luminosa y lamentable historia, está llena de rasgos de indisciplina. *La Ilíada*, el documento literario más antiguo de la historia griega, ya se

consagra a narrar las incidencias funestas de un caso típico de este género: la negativa de Aquiles a cumplir con su deber de soldado, o sea, a luchar contra el enemigo, por habersele sustraído a las caricias de una esclava favorita.

El pueblo griego, dice el señor Vasconcelos, era «disciplinado, pero además inspirado». ¿Hay algún vínculo posible entre la disciplina y la inspiración, tomada esta última en la acepción artística de fuego creador? La disciplina era en Grecia, cuando la había, algo relacionado con la organización, como en el resto del mundo. Pero de ahí no pasaba, ni podía pasar. Grecia produjo, ciertamente, grandes filósofos, grandes poetas, grandes artistas, es decir, grandes hombres inspirados, pero no por eso diremos que todas sus instituciones eran inspiradas o que ese extraño carácter las hacía más aceptables que en los demás pueblos. La inspiración artística o filosófica no puede en manera alguna servir de índice para opinar acerca del progreso institucional de un pueblo. De donde se concluye que la disciplina griega

no era mejor ni peor que la disciplina romana, por el hecho de que los artistas de Grecia fueran más o menos inspirados que los de Roma. La disciplina no se valora por el grado de inspiración de los artistas, sino por la eficiencia. Y si la disciplina romana llevó a la ciudad del Tíber a la conquista total del mundo antiguo, declaramos sencillamente que era una disciplina buena, adaptada a sus fines, eficiente. Pero no tratemos de deprimirla por su falta de *vuelo* o de *inspiración*, cosas que no rezan con ella.

«El triunfo de Roma sobre Grecia... —añade el señor Vasconcelos— es un paso atrás en el progreso del mundo». Palabras que a primera vista dicen mucho, pero que sólo sientan una premisa falsa y que, por consiguiente, dicen poco, y mal. En rigor la historia no registra un triunfo propiamente dicho de Roma sobre Grecia. Pero antes de aclarar esta cuestión, precisemos algunos conceptos. Caemos con frecuencia en una generalización inexacta al emplear el vocablo Grecia. A menudo hablamos de Grecia, pero en realidad nos referimos a Atenas; y

hay que diferenciarlas. Grecia, como se sabe, era un mosaico de pequeños Estados, cuyos pobladores ofrecían algunos rasgos comunes—derivados del origen común—, pero entre los cuales el genio no estaba ciertamente repartido por igual. Sólo Atenas llegó a atesorar en un momento histórico—fugaz como un relámpago—las mejores cualidades de la raza, y también, desgraciadamente, sus peores defectos. Los más insignes filósofos florecieron en Atenas, pero de aquí no se sigue que en Grecia todo el mundo filosofara. Muy al contrario, había griegos, como los beocios, que no demostraban afición alguna por las actividades del intelecto; eran tan negados para las especulaciones del espíritu como el más bruto de los campesinos del Lacio en la época de Rómulo. Así que, aunque griegos, su absorción por Roma no podía representar una pérdida sensible para la cultura del mundo antiguo. Conviene, pues, al hablar de la gran civilización helénica, encarnarla en Atenas, su representante más ilustre y su verdadero foco, y no emplear, haciendo una ge-

neralización demasiado amplia, el vocablo Grecia.

Lo que en el fondo deplora el señor Vasconcelos es que a la civilización helénica, o ateniense, reemplazara la civilización latina. Pero lo dice sentando una premisa falsa: el triunfo de Roma sobre Grecia, que no existió en el sentido político o militar de la palabra, por la sencilla razón de que no hubo en la antigüedad una organización política denominada Grecia.

Grecia era una expresión nacional, pero de contenido político heterogéneo. Invadirla, subyugarla, conquistarla, no equivalía precisamente a triunfar sobre ella. Roma sentó pie en Grecia después de anonadar a Macedonia, señora virtual de Grecia, no después de *triunfar* sobre Grecia. Mal se puede triunfar sobre alguien que carece de medios para disputar el triunfo. Era el caso de Roma y Grecia. Roma para apoderarse de Grecia, del territorio griego, no necesitaba vencer ninguna resistencia griega propiamente dicha. Le era preciso triunfar sobre Macedonia, potencia tan extranjera en la comuni-

dad de los pueblos helénicos como la misma Roma.

Luego no ha habido tal *triumfo* de Roma sobre Grecia, aunque sí una *conquista*, que no es igual. Un triunfo hubiera significado la brusca interrupción del desenvolvimiento político de Grecia, a raíz de un éxito militar. Pero esto, como acabamos de ver, no ha acontecido; por donde resulta que el señor Vasconcelos tiene un motivo menos para enfadarse contra Roma, puesto que la historia no registra el *paso atrás* tan deplorado por él, al no registrar tampoco la premisa en que se funda, del triunfo de Roma sobre Grecia.

Pero podría objetarse, en todo caso, que la conquista romana contribuyó a apagar los resplandores del genio griego, de aquel genio que, según las palabras de un escritor, iluminó al mundo para siempre. Afortunadamente, ni siquiera esto sucedió. Desde luego, los grandes representantes de la cultura helénica habían ya desaparecido cuando las legiones romanas llegaban por primera vez al territorio griego. Sólo quedaba en el cielo de aquella cultura el brillo glorioso de los viejos astros

inmortales. Además, aunque iletrada, Roma comprendió de inmediato el valor de la cultura del pueblo conquistado, y lejos de pisotearla con la brutalidad desdeñosa de otros conquistadores en trances análogos, se apresuró a asimilarla y fomentarla. Creó una literatura a semejanza de la griega, y en verdad que, al proceder así, no obró por cálculo político, puesto que sin literatura había podido realizar perfectamente sus conquistas anteriores.

Si la cultura helénica no volvió a dar nuevos frutos, como por ejemplo, en el siglo de Pericles, fué debido al agotamiento de la savia creadora, no a la conquista romana. ¿Cómo, pues, hablar de *paso atrás* a propósito de la conquista romana, cuando, en rigor, el apogeo de la gran civilización helénica ya había declinado en la época de dicha conquista?

«Grecia—nos dice el señor Vasconcelos—era el genio, la invención, el entusiasmo, la videncia, la gloria». Indudablemente. Pero la medalla tiene su reverso y, en el presente caso, ya que se trata de establecer una comparación entre dos pueblos, hay que

conocer todas las cualidades, buenas o malas, de cada uno. Empero el señor Vasconcelos se limita a enumerar las virtudes de Grecia y los defectos de Roma, y de este modo, como es natural, Roma se lleva siempre la peor parte. Grecia, en efecto, era el genio, el entusiasmo, la invención, la videncia, la gloria; pero también era la inconstancia, la doblez, la ingratitud, la rapiña, la envidia, la imprevisión, la charlatanería gárrula. El sofisma es una invención griega. Grecia fué la cuna de Sócrates, pero también su patíbulo; y el tribunal que condenó a este insigne exponente del género humano, sólo arguyó, para asesinarle, torpes razones de sórdida política, incapaz de comprender su genio y de medir la magnitud de la mancha que arrojaba con semejante crimen sobre su raza. ¿Y qué decir del caso de Arístides, el vencedor de Maratón, miserablemente desterrado por la envidia de un rival? Para apreciar toda la inconsciencia de este acto, basta recordar el motivo invocado por un campesino griego, quien, al votar por el destierro de Arístides, manifestó que

«estaba fastidiado de oír continuamente que le llamaran *el Justo*»...

«Roma,—sigue el señor Vasconcelos —incapaz siquiera de copiar a Grecia, se disciplinaba para dominar». No veo por qué una incapacidad de copia había de llevar a Roma a la disciplina. Se disciplinaba para dominar, es cierto, pero esto nada tiene que ver con su incapacidad de copiar a Grecia, aunque nos prueba, de paso, que la disciplina en Roma era un medio, no un fin, como nos había afirmado poco antes el señor Vasconcelos. La verdad es que Grecia, incapaz de disciplinarse, no podía dominar a nadie—apenas podía consigo misma—, si bien le sobaban deseos. Aquellas interminables reyertas interiores que llenan la historia de Grecia, en las que suelen mezclarse hasta los griegos ultramarinos de Sicilia y el Sur de Italia, eran otras tantas luchas por el dominio que pretendían imponerse las ciudades griegas recíprocamente.

Nos asegura luégo el señor Vasconcelos que Roma «no tenía ideales que propagar, pero tenía ambiciones de dominio y de riqueza». Muy pocas son

las guerras que se emprenden con el único propósito de propagar ideales; todas buscan, salvo rarísimas excepciones—que no se encuentran, por cierto, en las guerras helénicas—, alguna finalidad positiva, de seguridad, cuando menos. Según el señor Vasconcelos, las guerras de Roma con los fenicios «fueron francamente comerciales, como cualquier guerra moderna». Y como otra cualquiera de la antigüedad, agrego yo, porque no me dirá el eminente articulista que las guerras del Peloponeso, v. gr., o la expedición de los atenienses contra Siracusa, fueron guerras de ideales. En ellas no se debatían otros intereses que los de una abierta supremacía política o comercial, ni más ni menos que como en las guerras de los romanos.

«No se debatió en las guerras púnicas ningún alto ideal humano». Sin embargo, el triunfo romano contribuyó a la difusión de la cultura helénica, cosa que no hubiera sucedido con el triunfo cartaginés. Los fenicios, que estuvieron durante muchos siglos en contacto con la civilización helénica, fueron incapaces de apreciarla. No se sintieron de-

seosos de tener una literatura, ni de modificar su religión grosera y cruel. Roma, en cambio, al día siguiente de la anexión de Grecia, se entregó con ardor a la tarea de cultivar las bellas artes y las ciencias, a reformar su religión sobre el modelo olímpico, y de este modo contribuyó a conservar la tradición cultural de Grecia y a difundirla entre los pueblos bárbaros que iba incorporando al Imperio. España, bajo el dominio romano, produjo un Séneca. Por mediocre que haya sido este filósofo, ¿se recuerda algún español de su estirpe que naciera bajo el dominio cartaginés? Luego en las guerras púnicas se debatió un ideal humano, puesto que no era igual para la humanidad el triunfo de Roma o de Cartago. Se debatió un ideal, aunque indirectamente, porque los ideales, en las guerras, pocas veces son los móviles primordiales.

«Roma nunca combatió ni por ideal, ni por religión, ni por arte». Confieso que no conozco guerra alguna por arte, pero las guerras de religión, a mi juicio, lejos de ser honrosas para los pueblos que las emprenden, me han pa-

recido siempre abominables, y no creo que Roma haya perdido mucho, desde el punto de vista moral, al no acometer ninguna en el curso de su existencia. ¿Supone el señor Vasconcelos que la humanidad se enaltece con esas horribles carnicerías de armenios, judíos, hugonotes y musulmanes que ensangrientan las páginas de la historia turca, española o francesa? ¿Cree el señor Vasconcelos que pueden justificarse esas bárbaras matanzas inspiradas por el fanatismo, funesto producto oriental, de origen judío y mahometano? Las guerras de religión son las más odiosas de todas, porque ellas representan una total falta de respeto a la consciencia ajena, una torpeza psicológica criminal.

Sostiene el señor Vasconcelos que Roma es, por su pasión de mero dominio, «precursora de los imperialistas modernos, pero no de los cruzados, ni de los conquistadores de América, ni de ninguno de los verdaderos héroes del mundo». ¿Quiere decir que los conquistadores de América no buscaban oro y dominio? Y entonces, ¿qué buscaban? ¿Por qué si no por haberse negado a tolerar el dominio español.

fueron convertidos en un montón de piedras venerables los imperios azteca e inca?

Y agrega el articulista, un poco más adelante: «Los dos, los tres grandes sucesos de la historia: la cultura helénica, la doctrina cristiana y el socialismo moderno, son los tres, enemigos de Roma, contrarios al espíritu de Roma. *Las legiones romanas evitaron que la cultura helénica se extendiese por Europa* y llegara incontaminada hasta la América». Declaro mi perplejidad ante tamaña audacia, y desde luego me resisto a atribuirla a una información defectuosa del articulista. Estas cuestiones están al alcance de los niños de las escuelas para que pueda ignorarlas un hombre de letras. Ello, más bien, debe provenir del exceso de pasión que pone el señor Vasconcelos en la defensa de su tesis. Pero, sea como fuere, su temeridad produce escalofríos y no cuadra en una persona juiciosa.

No solamente las legiones romanas no impidieron que la cultura helénica se extendiese por Europa, sino que fueron ellas, en donde quiera que afir-

maran el poder de Roma, el único instrumento eficaz de difusión que se haya puesto nunca al servicio de aquella cultura. Claro está que indirectamente, o subsecuentemente, un ejército, ante todo, llena una función militar. Precisamente porque logró organizar el mundo antiguo para dejarle en condiciones de recibir con provecho la fecunda semilla cultural, es de una trascendencia enorme la obra de Roma. Ni la cultura helénica, ni ninguna otra, habría podido incorporarse como elemento de progreso moral e intelectual a la evolución de Europa, si no la precediera el grandioso trabajo previo de la organización romana. La cultura no fructifica en el desorden o en la barbarie. Y si la cultura helénica hubiese quedado librada, para su expansión, al esfuerzo griego, de seguro que hoy el señor Vasconcelos no la mencionaría como uno de los dos o tres grandes acontecimientos de la historia. Al correr la misma suerte que el pueblo maravillosamente dotado que la elaboró en el cuarto de hora providencial de su existencia, hace veinte siglos, o más, que habría

muerto para el mundo, esterilizada por la imprevisión y la ineptitud política de sus progenitores.

Y para que no se crea que hablo por hablar, apelaré a una cita. Es de Gastón Boissier, autoridad en esta materia, si la hay. Boissier, en *El Fin del Paganismo*, se expresa así:

«Apenas las armas romanas habían penetrado en países desconocidos, ya se fundaban en ellos escuelas; los retóricos iban siguiendo los pasos del general vencedor, y llevaban consigo la civilización. El primer cuidado de Agricola, cuando hubo pacificado la Bretaña, fué ordenar que se enseñase a los hijos de los jefes las artes liberales.

.....

«Apenas los galos habían sido vencidos por César, se abrió la escuela de Autun. Pronto fué floreciente, y sabemos que, algunos años más tarde, bajo Tiberio, los hijos de la nobleza gala venían allí en grupos a estudiar la gramática y la retórica.

.....

«Pueblos que diferían entre sí por el origen, por el idioma, por las costumbres, no se hubiesen fundido jamás si la educación no los hubiese acercado. Se puede decir que lo consiguió de una manera maravillosa: en la

lista de los profesores de Burdeos, tal como Ausonio nos la ha dejado, vemos figurar al lado de antiguos romanos, a hijos de druidas, sacerdotes de Beleno, el antiguo Apolo galo, que enseñan como los demás, la gramática y la retórica. Las armas los habían sometido imperfectamente; la educación los había amansado. Ninguno ha resistido al encanto de estos estudios, que eran nuevos para ellos. En lo sucesivo, en las llanuras ardientes de Africa, en España, en la Galia, en los países medio salvajes de la Dacia y de la Panonia, sobre las márgenes siempre murmuradoras del Rhin, y hasta bajo las nieblas de Bretaña, todas las personas que han recibido alguna instrucción se reconocen por el gusto que manifiestan hacia el lenguaje pulido. Se es ilustrado, se es romano, cuando se saben comprender y sentir estos requisitos de elegancia, estas delicadezas de expresiones, estos giros ingeniosos, estas frases periódicas que llenan las arengas de los retóricos. El placer muy vivo que se siente en oírlos, se duplica con ese sentimiento secreto: que se manifiesta admirándolos, al admirarlos, que se pertenece al mundo civilizado.

Como se ve, es enteramente falsa la afirmación de que las legiones romanas impidieron la difusión de la cultura helénica por Europa. El señor Vasconcelos, al hacerla, anduvo cabalmente por las antípodas de la verdad. Porque si

algo impidieron las legiones romanas con respecto a la cultura helénica, no fué, por cierto, su difusión, sino su esterilización, dada la incapacidad de aquélla de difundirse por sí sola. Tenemos a mano el caso de Rusia, el único país de Europa en donde la cultura helénica no llegó por intermedio del poder de Roma, y el único, también, del cual no se puede asegurar que haya salido de la barbarie.

Por lo demás, no entra en mi intención deprimir a Grecia para ensalzar a Roma. Prefiero seguir el sabio consejo de un venerable maestro de historia, Teodoro Mommsen, cuando dice:

«Tiempo es ya de que cesen los infantiles paralelos históricos en que se ensalza a los griegos a expensas de los romanos, o a éstos a expensas de los griegos: como la encina puede vivir junto al rosal, estúdiense, el uno junto al otro, estos gigantes de la historia antigua, no para ensalzarlos o maldecirlos, sino para comprenderlos bien, y para confirmar una vez más que sus grandes cualidades proceden en cierto modo de sus defectos. La grande, la profunda diferencia de ambas naciones consiste principalmente en que, al tiempo de sus progresos, el Lacio no estuvo en contacto con el Oriente, mientras

que la Grecia lo estuvo sin cesar. Ningún pueblo del mundo ha sido bastante perfecto por sí mismo para sacar de su propio fondo las maravillas de la civilización helénica, y más tarde, las de la civilización cristiana. Háse necesitado, para hacer brotar esa centella creadora, trasportar los dogmas religiosos de la Aramea al suelo fecundo de la cultura indoeuropea. Pero si la Hélade ha continuado siendo el prototipo del *humanismo* puro, el Lacio será siempre el prototipo de la *nacionalidad*. Eu cuanto a nosotros, hijos del mundo moderno, debemos honrar a estos dos pueblos, y sacar de ellos eficaces enseñanzas».

«Roma —continúa el señor Vasconcelos— hizo todo lo que pudo para evitar el triunfo del ideal cristiano, que es igualitario y piadoso». Vuelve el articulista a caer en una falsedad evidente, llevado de su crítica miope. Ante todo, no es presumible que Roma se opusiese a la difusión del cristianismo porque éste representaba un ideal «igualitario y piadoso». Otras doctrinas tan igualitarias y piadosas como el cristianismo, antes y después, se habían propagado por Roma y ganado prosélitos en todas las esferas sociales, sin que movieran a las autoridades a

tomar medidas contra ellas. No pudo haber sido, por tanto, el carácter igualitario y piadoso del ideal cristiano el que provocó, tal como pretende el señor Vasconcelos, la actitud anticristiana de Roma, en los tres primeros siglos de nuestra éra.

Las causas de esta actitud están en otra parte, y en verdad que no fueron doctrinales para el pueblo romano. Pero, de todos modos, no basta una afirmación rotunda para aclararlas. Hay que tener presente, desde luégo, que el cristianismo, heredero directo del judaísmo, llegaba a Roma armado de una irreductible intransigencia religiosa y de un odio mortal a la idolatría, atributos que, a pesar de la moral de humildad de la nueva religión, la empujarían fatalmente a un choque inmediato contra las cosas más respetables, más incontestadas, más sagradas de la Ciudad Eterna: los usos, las tradiciones, las costumbres. Y así sucedió, en efecto. El cristianismo, al no disimular el horror que le causaban las instituciones y los hábitos de los «idólatras», como despectivamente ápodaba a los dueños del mundo y a sus súbditos no cristia-

nos, descubrió su incompatibilidad absoluta con todo y con todos dentro de la organización vigente; con las concepciones más arraigadas a título de más justas, más naturales, o más lógicas; con los gustos, las inclinaciones o los actos más indiscutidos del ciudadano; en una palabra, con toda la espesa malla de creencias, móviles, esfuerzos, ocupaciones, deseos y tendencias que forman la trabazón de la vida de cada hombre, en su doble carácter de individuo y miembro de la colectividad.

El cristianismo no entraba en Roma, como otras tantas religiones, para pedir un sitio destinado a su culto, dispuesto a tolerar; sino que, lleno de invencible repugnancia hacia todas ellas por ser la obra nefasta del espíritu maligno, que se agazapaba detrás de cada estatua de los templos, que presidía las ceremonias públicas y domésticas, que flotaba en el humo de los sacrificios, proclamaba, en homenaje a la salud del mundo, la necesidad de aniquilarlas, de barrerlas, para reemplazar el imperio del error por el de la verdad eterna. Semejante actitud, tan poco conciliadora, tenía que pro-

vocar una reacción. No hay pueblo en la tierra que se resigne a despojarse mansamente de su manera de ser, máxime cuando funda en ella, como en el caso del pueblo romano, la explicación de su grandeza. Y nació el odio anticristiano; reacción natural contra una secta que se revelaba ante las masas, no por el aporte de una concepción ética novedosa, sino por su extraña obstinación en no querer seguir la corriente general, por cuyo cauce había llegado el pueblo de Rómulo a la conquista del universo.

No existe, pues, razón alguna para suponer que Roma, al combatir al cristianismo, resistía a un ideal igualitario y piadoso. En un principio, nada sabía el pueblo romano acerca del verdadero alcance moral del cristianismo. El populacho bestializado que se divertía con el suplicio de los mártires, no entraba a considerar, cuando asistía a los espectáculos del circo, ninguna doctrina igualitaria y piadosa. Los emperadores, por su parte, no llevaban más lejos su investigación. Tanto aquél como éstos, a menudo, ni sospechaban su existencia, o la conocían desfigurada.

Se limitaban simplemente a ver en la víctima a un obstinado peligroso, en cuya obstinación observaban algo como una amenaza contra el orden de cosas existente.

Y resalta todavía más el error del señor Vasconcelos, ante el hecho de que los peores enemigos de los cristianos no figuraban entre las clases dirigentes de Roma, entre los «amos» o «dominadores», como dice el Licdo., sino entre las clases bajas, desheredadas. Tertuliano, cuenta, en efecto, que eran «los esclavos y los soldados, juntamente con los judíos, los más violentos acusadores de los cristianos». Lo que constituye un nuevo argumento contra la tesis del señor Vasconcelos, ya que Roma, según él, persiguió el cristianismo porque éste amparaba a las clases desheredadas, contradiciendo el espíritu del derecho romano; aserto erróneo a la luz del testimonio del gran apolo-gista.

El señor Vasconcelos asegura que Roma «supo de justicia, pero no sospechó la piedad». Y agrega: «Una justicia peculiar, un derecho severamente organizado para beneficio de

los ciudadanos, de los amos, de los dominadores; un derecho en el que no tenía esperanza el esclavo». Ignoro en qué pueblo de la antigüedad el derecho se organizaba sobre otras bases, para censurar con tanta acritud al pueblo romano. Porque ni en Egipto, ni en Persia, ni en Palestina, ni en las ciudades griegas, los esclavos gozaban de una holgura mayor que en Roma. En ninguna parte la legislación rezaba con ellos. Puede leer el Licdo. el Código de Manú para comprobar que no fueron los romanos los únicos poseedores de un cuerpo de leyes elaborado para uso exclusivo de los dominadores.

Según el señor Vasconcelos, el socialismo moderno contraría la obra de Roma, y «se junta con el otro gran enemigo de Roma, el ideal cristiano que, *además de justicia, predica piedad y amor entre los hombres*». Es bastante dudoso el parecer de Jesús sobre la justicia. Digo esto en presencia de aquellas palabras del Maestro: «No juzguéis, a fin de que no seáis juzgados». Pero no voy a detenerme en esta cuestión. Quiero solamente analizar una de las tantas aseveraciones de la re-

tórica barata. Hace siglos y siglos que se habla de la prédica de amor y piedad del cristianismo como de algo real y fructífero; cuando todos los antecedentes patentizan el completo fracaso del cristianismo con semejante prédica. Cristo, sin duda, predicó amor y piedad entre los hombres, y la realización de este grandioso programa de fraternidad y de misericordia hubiera significado un alivio y una profunda transformación para la humanidad. Pero el amor y la piedad escasean tanto ahora como en la época de Cristo. Las guerras y crímenes que desde entonces se han desatado y cometido se cuentan por millares, a pesar de la prédica, y no pocas de las primeras fueron provocadas en nombre del propio Cristo, de la superioridad de su doctrina. Sombría paradoja, engendrada por el efectismo falaz de las ideas morales que no cumplen su destino de convertirse en sentimientos; que flotan como formas puras del raciocinio, que no se concretan en impulsos de la voluntad. Sólo sirven para marear la cabeza, pero no para regular el corazón. Por eso el amor

y la piedad, en los pueblos cristianos, son etiquetas, no contenidos. Si ha habido algún progreso, que no niego, atribúyasele al concurso de otros factores; porque mal puede haber mejorado la condición moral de los hombres bajo la sola influencia del cristianismo intransigente, que no rehusó, para abrirse camino como religión positiva, el empleo del hierro, de la tortura y del fuego. ¿Con qué derecho, entonces, ha de invocar el cristianismo en su favor un servicio que la humanidad no le debe?

«¿Cuál fué entonces—se pregunta el señor Vasconcelos—la esencia del romanismo, la característica social de la estirpe? El sistema de la jerarquía fundada en la fuerza; la reglamentación excesiva que mata la libertad; el culto de la persona humana que trae consigo todo el envilecimiento que se vió en el Imperio».

Vamos por partes. «El sistema de la jerarquía fundada en la fuerza». Como procedimiento de gobierno, nunca se ha prescindido de la jerarquía fundada en la fuerza. Ni dentro de Roma, ni fuera de ella. Puede diferir el origen, el

fundamento doctrinario de la jerarquía, pero la jerarquía es siempre un hecho igual en todas partes. El presidente de una república moderna ocupa un nivel superior al de los demás ciudadanos. Establécese entre el uno y los otros una diferenciación jerárquica. A esto se llama *jerarquía*. Y si se atenta contra la autoridad del Presidente, éste puede apelar a la policía y al ejército para que le defiendan: la fuerza puesta al servicio de la jerarquía. A esto se llama *jerarquía fundada en la fuerza*. Y no la practicaron solamente los romanos, porque se la observa en el mundo entero y en el curso total de la historia del mundo.

«La reglamentación excesiva que mata la libertad». No sé hasta qué punto la libertad había muerto en Roma, bajo la República. Pero creo que ella vivía más que en otro pueblo cualquiera de la antigüedad, aunque fuera de Roma hubiese menos reglamentación. No hablo del Imperio, que no fué creación genuinamente romana, sino efecto del contagio oriental.

«El culto de la persona humana», etc. Mal también importado, y tam-

bién de Oriente. Para cultos de este género, no hay como los pueblos orientales, donde se practicaban miles de años antes que en Roma, y donde se practican todavía.

«Directamente de Roma—sigue el articulista—proceden el pretorianismo latinoamericano y el capitalismo moderno». El pretorianismo latinoamericano, lo sabemos muy bien, no deriva de Roma sino de nuestra incapacidad para asimilar la democracia, para convertirla en realidad orgánica, a pesar de que hace más de un siglo que alardeamos de demócratas. Procede, en una palabra, de nuestra insinceridad política. El pretorianismo no aparece como derivado de ninguna fuente antigua, sino como producto del medio. Es un fenómeno que se manifiesta, como todo fenómeno, en determinadas condiciones. Roma no lo inventó; no pudo evitarlo porque las condiciones del momento le favorecían.

Ahora me formulo una pregunta: ¿Es un mal el capitalismo? ¿Estorba al progreso, como cree el señor Vasconcelos? Es una cuestión compleja para que admita una respuesta inmediata,

pero no se puede negar que el capitalismo ha impulsado una parte inmensa del progreso material.

Continúa el articulista: «Dejémonos de latinismo, hagamos que nuestra América sea hispánica, que sea ibérica, que sea india, que sea universal, pero no latina». Vaguedades, contradicciones... Supongo que al decir *hispánica* e *ibérica*, el señor Vasconcelos quiere decir *española*, porque seguramente no hace alusión a la vieja Hispania, de la que se sabe tan poco, o a los iberos, de los que se sabe menos. Proponer una vaguedad semejante, equivaldría a no proponer nada. Entiendo, pues, que desea que nuestra América sea española. Y bien, sin necesidad de recomendación alguna, har-to española es nuestra América. Su espíritu caballeresco, su imprevisión, su impulsividad, su rutina, su fanatismo idolátrico, su intolerancia política, su miopía internacional, le vienen de España. Hablo sólo de los defectos, claro está, y de intento, para probarle al señor Vasconcelos que somos tan españoles como el que más, y que no podemos aspirar a mayor españolismo.

«...Que sea india». Imposible. Esto mató a aquéllo, como dijo Víctor Hugo. Con ser india, América nada ganaría, ni en instituciones, ni en cultura, ni en fuerza, ni en intelecto. Y, además, ya es tarde. El españolismo mató al indigenismo. O lo uno, o lo otro. Si el señor Vasconcelos induce a nuestra América a que sea española, la imposibilita a que sea india, porque el español aniquiló al indio. Somos descendientes y herederos de los exterminadores, y no podemos, simultáneamente, encarnar a los exterminados.

«...Que sea universal». Eso es otra cosa. Pero dentro de lo universal cabe lo latino, en gran proporción, y temo que aquí el señor Vasconcelos se halle ante una nueva contradicción. Por este motivo, no me detengo.

Después de dos interrogaciones preñadas de cólera, el señor Vasconcelos descarga el siguiente golpe sobre las espaldas de Virgilio: «¿Y por qué seguir afirmando que es muy dulce el seco Virgilio, si ya nadie lo recordaría, *más que los estudiantes de literatura*, a no haberle citado *magnánimamente*, el Dante?»

El señor Vasconcelos aparenta desconocer una regla universal, a saber: que el recuerdo de los grandes hombres del pasado se perpetúa entre los estudiantes, o, mejor dicho, entre los estudiosos. Y esta regla no reza solamente con el «seco» Virgilio; se aplica también a Homero y al Parnaso griego en general, a Platón, a Aristóteles, a Kant, y a todas las altas cumbres del pensamiento humano. Porque no me dirá el señor Vasconcelos que a Platón se le cita ahora gracias al entusiasmo que siguen despertando sus incomparables diálogos entre nuestros carreteros, mozos de cordel o estivadores de puerto.

Convengo en que de Virgilio no se acuerdan más que los estudiantes de literatura; pero Virgilio forma parte de una larga lista, de la que no está excluido el mismo Dante, aunque éste aparezca en ella con alguna ventaja, porque escribió en una lengua que, en cierto modo, todavía se habla.

Asegura el señor Vasconcelos que la inmortalidad de Virgilio se debe, por otro lado, a una magnanimidad del Dante. Me parece que el Licdo.

vuelve a incurrir en una exageración. Cojo, en efecto, la excelente traducción anónima de la «Comedia» que acaba de editar la Universidad de México, bajo la indudable inspiración del señor Vasconcelos, y releo el pasaje del encuentro del Dante con Virgilio, en el Canto I del Infierno. El Dante, al verse en presencia del cantor de Eneas, le dice:

«¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho raudal de elocuencia?... ¡Ah! ¡honor y antorcha de los demás poetas! Válganme para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto; tú sólo eres aquel de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor».

La idea de magnanimidad sugiere la de cierta superioridad en el hombre magnánimo. Y en el pasaje transcrito, la posición que ocupa el Dante, la que se da a sí mismo en presencia de Virgilio, no es, por cierto, la de un hombre que se cree superior. Todo lo contrario. Si llama a Virgilio «ancho raudal de elocuencia», «honor y an-

torcha de los demás poetas», «maestro», «autor predilecto», etc., no debe de ser por un sentimiento de magnanimidad, sino por una admiración profunda, rayana en veneración. Además, el Dante no *cita* a Virgilio, como dice el señor Vasconcelos; hace mucho más que citarlo: llena con su nombre las dos terceras partes de su obra. Casi diría que el Dante, para recorrer los círculos del Infierno, se vió en la necesidad de ampararse en el inmenso renombre de Virgilio.

«Por cualquier lado que lo latino se mire—continúa el señor Vasconcelos—, se nos aparece el odioso rasgo fundamental de la organización jerárquica; el afán de implantar categorías, pero no el noble afán de categorías de un Aristóteles, de un Kant, que anhelan ordenar las cosas para poder pensarlas». El señor Vasconcelos, está visto, es un enemigo implacable de la organización; y evidentemente hace mal, porque se desarma para la defensa de sus doctrinas predilectas. El socialismo, por ejemplo, ¿podría prosperar desprovisto de toda organización? De ninguna manera. Todo el

éxito del socialismo depende de una buena organización; y su finalidad no es otra que llegar a una superorganización del Estado, en donde los hombres se ordenaran, no para *poder pensar*—cuestión secundaria en el socialismo,—sino para recibir cada uno la misma carga de trabajo y la misma ración o recompensa material que su vecino. En el desenvolvimiento de la humanidad nunca se ha prescindido de la organización. La historia no registra un sólo paso dado sin algún rudimento siquiera de organización. Y esto no lo ignora el socialismo, tan encarecido por el señor Vasconcelos, y se esfuerza, ante todo, por implantar entre sus afiliados una organización perfecta, para llegar a otra más perfecta y más vasta con la socialización del Estado.

Lamento que la desmedida extensión de este trabajo no me permita hacer un análisis de las ideas de Aristóteles y de Kant, ambos intempestivamente mencionados por el señor Vasconcelos a propósito del «odioso rasgo fundamental de la organización jerárquica». De las ideas de ambos sobre la organización, se entiende. Le

hubiera probado al señor Vasconcelos que los dos insignes filósofos no comparten su desconfianza hacia la organización. Pero temo ir demasiado lejos. Básteme, por ahora, señalar el hecho de que las «categorías» de Aristóteles y Kant nada tienen que ver con las cosas que el señor Vasconcelos nos venía diciendo; son clasificaciones lógicas del entendimiento, enteramente ajenas al «noble afán», que les atribuye el señor Vasconcelos, de «ordenar las cosas para poder pensarlas».

«¡Pensar es algo que jamás preocupó al romano!», exclama el articulista, en un rasgo de indignación. El señor Vasconcelos se sulfura con facilidad y por eso no mide sus palabras. Sin pensar no se puede hacer absolutamente nada, ni sentarse, ni caminar, ni comer, ni beber. Todas nuestras acciones conscientes, por insignificantes que sean, requieren el concurso de nuestro pensamiento. Y Roma conquistó el mundo antiguo, lo pacificó, lo civilizó, le enseñó el derecho. ¿Opina el señor Vasconcelos que para realizar tamaña empresa pudo haberse despreocupado de pensar? Diga en buena

hora el articulista que el romano se preocupaba poco del pensamiento filosófico o metafísico, pero no sostenga el absurdo de que jamás se preocupaba de pensar.

«El cristianismo — dice después de algunos renglones — era la revolución moderna, *la organización económica equitativa en el trabajo y en la recompensa*». Falsedad completa. El cristianismo no perseguía ninguna organización económica. Era una doctrina moral, que se fundaba toda en la perfección interna, en la exaltación del espíritu por el propio esfuerzo, libre de las ataduras formulistas del judaísmo leguleyo, pero que se desentendía por completo del trabajo material, del aspecto económico de la vida. El cristianismo, tal como se desprende de la prédica de su fundador, lo subordinaba todo, absolutamente todo, a la necesidad de limpiar el alma de las preocupaciones de este mundo — inclusive de las más poderosas, como las de la familia, en el orden afectivo — hasta el extremo de despreciar el trabajo en una forma expresa, categórica y sistemática. O si nó, dígame el Lic.

lo que quieren decir estas palabras de Jesús:

«No os atesoréis tesoros en la tierra adonde el orín y la polilla corrompen y adonde los ladrones horadan y hurtan, pero atesoraos tesoros en el cielo adonde ni el orín ni la polilla corrompen y adonde los ladrones no horadan ni hurtan». «Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará al uno y aborrecerá al otro. *No podéis servir a Dios y a la hacienda.* Por tanto os digo: no penséis en vuestra alma *qué comeréis ni qué beberéis*, ni a vuestro cuerpo, *qué vestiréis*. *¿Y el ánima no es más que el manjar? ¿y el cuerpo que el vestido? Considerad las aves del cielo, que no siembran ni cogen ni ayuntan en trojes*, y vuestro Padre celestial las mantiene. ¿Cómo, y vosotros no valéis mucho más que ellas?» «Y del vestido *¿para qué pensáis? Reconoced los lirios del campo, cómo crecen, bien que no trabajan ni hilan...*» «No penséis, pues, diciendo *¿qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿qué vestiremos?...*» «Sabe bien vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo esto. Buscad pues el reino de Dios y su justicia, y todo esto os será añadido». (San Mateo, cap. vi.) Las citas y transcripciones del Evangelio de San Mateo, que anteceden y que siguen, están tomadas de la versión de Juan de Valdés, reeditada últimamente por la Universidad de México.

De las palabras que preceden se deduce que la moral cristiana es incompatible con el trabajo, porque no se puede servir a Dios (a los intereses del alma) y simultáneamente a la hacienda (a los intereses materiales). ¿Y se ha de llamar *organización económica del trabajo*, sin incurrir en un craso error, a semejante doctrina? Si dentro de esta moral no debe haber preocupación alguna por la comida, por la bebida, por el vestido, ni por otro interés material análogo, no veo cómo se la puede equiparar a una tendencia de mejoramiento económico.

En materia de necesidades físicas, el cristiano debe vivir al día. Que no le inquiete la perspectiva del mañana: «bástele al día su aflicción». (San Mateo). ¿Y cómo identificar el cristianismo con el socialismo, cuando este último, al revés del primero, no hace más que preocuparse de que todos tengan una misma situación material, mediante el trabajo de todos? «No de sólo pan vive el hombre», asegura el cristianismo, y se desentiende del pan. El socialismo, por el contrario, cree que toda la felicidad del hombre resi-

de en el pan y busca organizar una distribución equitativa del alimento. Son dos interpretaciones antagónicas, totalmente opuestas, del concepto de la felicidad.

¿Con cuál nos quedaremos? Es cuestión aparte, cuya dilucidación no me corresponde. Sólo me he propuesto establecer un contraste y evidenciar el error cometido por el señor Vasconcelos al sostener que el cristianismo buscaba una *organización económica equitativa*.

«El día en que Constantino hizo de la cruz un lábaro sangriento—dice el Lic.—el cristianismo dejó de ser religión y se volvió política, bajó de nivel, se petrificó en reglas, se hizo romano». Yo entiendo estas cosas de otra manera. Creo que el cristianismo se echó a perder por haberse transformado, de moral que era, en religión positiva, no en política. Degeneró luego en política, sí, pero ya como una consecuencia inevitable de su dogmatización, de su primera caída; como un vuelco más en la pendiente del precipicio dogmático a que se había arrojado.

Y hé aquí, también, la explicación

del fracaso moral del cristianismo a que me refería hace un momento. ¿Por qué no germinó la semilla de bien, de perdón, de altruismo, sembrada por Jesús? Porque con la aparición del dogma, quedó descuidada en el surco. La Iglesia, absorbida por el deseo de asegurar su supremacía dogmática, relegó la parte moral de la doctrina —que era, sin embargo, la parte fundamental— a un segundo plano. Le interesaba más consolidarse ella misma como institución, que proseguir la tarea individual, penosa, lenta, indefinida, de limpiar el corazón de cada hombre de los abrojos sensuales del deseo, para depositar en él, en su primitiva plenitud moral, el grano divino de la verdad evangélica.

Había aparecido el dogma; y puesto que, sobre esta roca, extraída de la cantera del gnosticismo alejandrino, descansaba el edificio entero de la institución eclesiástica, había que conservar a toda costa su solidez, expuesta a tantos peligros. Y de este modo, el perfeccionamiento individual, recomendado vehementemente por el Maestro, y origen único de la doctrina, ya

no podía ser la fuerza propulsora de la Iglesia. Antes que la cuestión moral, estaba el prestigio del dogma, la expansión del dogma, la fe en el dogma, la aceptación de su divinidad.

La religión había reemplazado a la moral, y desde entonces, por encima de los intereses morales, tenían que primar los intereses eclesiásticos. Había que reclutar adeptos, perseguir rivales, buscar creyentes, acrecentar el número; no mejorar hombres. Había que obtener, en fin, un resultado cuantitativo, no cualitativo.

Se retrogradaba al punto de partida: al fariseísmo, al imperio de la letra, al olvido del espíritu. El cristianismo, que había nacido como una reacción moral contra el dogma judío del respeto ciego a la ley escrita, recaía en el mismo mal. ¿Pero por efecto de qué? ¿De su contacto con Roma? De ningún modo. Por efecto de su ascendencia judía, de su propio origen, del ambiente en que le tocó nacer, respirar, amamantarse. Porque no hay que olvidar — y esto es lo que olvida el señor Vasconcelos — que la *petrificación en reglas* tampoco era una invención

romana. Sin conocer para nada a los romanos, y aun antes, quizás, de que los futuros dueños del universo establecieran sus cabañas en las orillas del Tíber, sobre las suaves ondulaciones de las siete colinas, ya los judíos habían petrificado sus reglas con una dureza sin igual. El mosaísmo se había estratificado en la letra muerta. La religión no tenía una significación interna, mística, espiritual, sino puramente formal, tradicional, externa. Se cumplía con la «ley» cuando se respetaban los usos de los antepasados, las ceremonias consagradas por el tiempo, las disposiciones literales de los libros santos, no cuando se buscaba el enaltecimiento del espíritu con la práctica del bien, con el ejercicio de las virtudes del corazón, por un arranque sincero del alma, por un deseo altruista.

La tiranía de la ley pesaba sobre el pueblo judío como una loza de plomo, y no tardaría, al advenimiento del cristianismo, en acabar con él. Entre tanto, las costumbres se relajaban y los que daban los peores ejemplos eran los encargados de la «ley», los sacerdotes, los escribas, los fariseos.

Cristo se alzó contra todo esto y quiso esparcir sobre su pueblo un soplo de espiritualidad, al verle ahogado bajo el peso muerto del formulismo, espesa capa acumulada por los intereses sacerdotales para cubrir la sordidez de una profunda corrupción moral. Y halló, naturalmente, una fuerte resistencia, que le costó la vida. Fué muerto por su audacia en no respetar la ley, la «tradicción de los ancianos»; por haber querido reanimar un poco aquel cadáver moral que era el fariseísmo formulista y rapaz. Claro que contra él se esgrimíó el arma de la ley escrita. Cuando Pilatos, indeciso, preguntó a los judíos de qué crimen se acusaba a Jesús, le respondieron: «Nosotros tenemos la ley y según nuestra ley debe morir». (3. Juan, cap. 18). No importaba que no cometiera crimen alguno a la luz de una conciencia honrada y libre de prejuicios; había faltado a la ley y según la ley debía morir...

En semejante medio nació el cristianismo, y los que, en su propia cuna, en Palestina, se adhirieron a él—que después serían sus propagadores—, no

creían, a pesar de todo, haber roto la tradición, haber quebrantado la ley de sus abuelos con la aceptación de la divinidad del Maestro, puesto que Jesús, a juicio de ellos, era el Mesías, y había venido al mundo para cumplir las profecías de los libros santos acerca de aquél. Su aparición significaba más bien, para sus adeptos, una confirmación de la autoridad de la ley, ya que los vaticinios contenidos en ella se realizaban. De modo que el cristianismo estaba de antemano condenado, por una especie de fatalidad hereditaria, si se transformaba en religión, dejando de ser lo que su fundador había querido que fuese, esto es, una norma de vida, estaba condenado, repito, a reincidir en la «petrificación en reglas», a recaer en el formulismo seco y dogmático.

Y esto, exactamente, le ocurrió, al convertirse en religión positiva, pero no por su contacto con Roma, sino por una predisposición congénita, que se manifestaría en cualquier otra parte, aunque Roma no hubiera llegado a existir.

De religión pasó a ser política, en

la primera coyuntura; fenómeno también explicable en el cristianismo por sus antecedentes judíos y por la necesidad de dar al dogma un fuerte apoyo temporal, ante la amenaza de una anarquía de interpretaciones, que se insinuaba con peligrosa claridad. La religión, en Palestina, estaba acostumbrada al sostén gubernamental. El pueblo judío vivió siempre bajo un régimen teocrático duro, inflexible, apegado a la letra. No necesitaba el cristianismo, por tanto, seguir ningún ejemplo latino para aspirar al gobierno, para convertirse en política, y en política sin entrañas, como sucedió después. Procedía de un país habituado a estas cosas. Solamente le hacía falta una ocasión propicia, y ella se le presentó con la inesperada victoria de Constantino sobre Majencio, su rival en el trono del Imperio, victoria que aquél atribuyó a la intervención decisiva del Dios de los cristianos, invocado por él antes de la batalla, en el apuro de una situación militar comprometida.

He ahí la realidad histórica. El cristianismo volvióse política desde que

se convirtió en religión, y no por obra de Constantino, sino por una inclinación natural, orgánica. Constantino, en todo caso, fué el instrumento ocasional, pero no la causa determinante de la transformación, causa que reconoce, como hemos visto, raíces mucho más profundas.

Sigue el articulista: «El cristianismo es libertad para todos los hombres y lo latino es jerarquía, no libertad. A la caída del Imperio romano, la libertad vuelve a aparecer amparándose en la anarquía de la barbarie, organizándose en los municipios de Italia y de Holanda y de España». El señor Vasconcelos cree que la libertad es algo que no tiene límites, que consiste en hacer lo que a uno se le ocurre. Y está, indudablemente, en un error. Porque, a mi entender, la libertad que se ampara en la «anarquía de la barbarie» no pasaría de ser un desenfreno horrible. En la anarquía de la barbarie no puede haber otra cosa que anarquía y barbarie; y tanto aquélla como ésta significan la brutalidad, el derecho del más fuerte, la grosería, la crueldad, el sensualismo, la irres-

ponsabilidad. No sé cómo podría florecer la libertad en semejante compañía, la libertad que es don precioso cuyo uso requiere una suma de respeto, de inteligencia y de tolerancia que sólo puede proporcionar la civilización. Donde no impera más que la anarquía y la barbarie, no puede haber libertad, porque tampoco puede haber condicionamiento; y la libertad incondicionada no existe.

Y, cosa notable, el mismo señor Vasconcelos me da la razón implícitamente, a pesar de todo, cuando dice que la libertad reapareció organizándose en los municipios de Italia, Holanda y España. Luego el señor Vasconcelos admite que la libertad, para ser ejercitada, debe *organizarse*, y la organización excluye el desenfreno caprichoso en que, sin embargo, aseguraba al principio que había revivido la libertad a raíz del derrumbamiento del Imperio romano.

Por lo demás, es históricamente falso eso de que a la caída del poderío de Roma reapareció la libertad. Murió más que nunca bajo el peso asfixiante del feudalismo, ese despotismo múlti-

ple, de cien cabezas, pero despotismo al fin. Las restringidas libertades de los municipios que nos trae a colación el señor Vasconcelos, prueban que, fué de algunas pocas ciudades, la libertad no existía en Europa durante la Edad Media, o, por lo menos, en sus comienzos.

«Francia—dice el articulista—, la clara Francia, cobra personalidad desde que vuelve a ser Galia». Otra fantasía del señor Vasconcelos; fantasía declamatoria. Francia jamás volvió a ser Galia. Francia, la clara Francia, es siempre Francia... Galia jamás resucitó.

«Su inteligencia (la de Francia) le viene de Grecia»... ¿Por qué conducto? Tan vernácula es la inteligencia de Francia como su ansia de libertad y como todas las demás cualidades que adornan a la raza francesa. En buena hora que Grecia y Francia coincidan en algunas de estas cualidades—como, por ejemplo, en la claridad, en la curiosidad, en la gracia,—pero es una herejía sostener que Francia las heredó de Grecia, con la que no tuvo ningún contacto.

«La mayor protesta que se ha hecho contra Roma es la de su gran Revolución» (la Revolución Francesa). La Revolución Francesa fué una protesta contra el feudalismo, producto medioeval, germánico.

De lo latino, Francia «sólo ha recibido una gran calamidad: Napoleón». Cuestión de apreciaciones, porque a mí me parece que Francia ha recibido de lo latino un gran tesoro: el idioma (así como España); y juzgo a Napoleón muy poco latino. Fundo mi opinión en el hecho de que los latinos realizaban sus conquistas con firmeza metódica, sin apresuramiento, lentamente, hábilmente. Así fué cómo el Imperio, obra maestra de cohesión, subsistió a pesar de los Calígulas, de los Nerones y de todos los locos que estuvieron a su cabeza. En tanto que Napoleón era el relámpago, la impulsividad, lo que estalla, lo que se lleva todo por delante con el poder del genio, pero también lo efímero, lo que no subsiste. Por eso el primer Imperio se desmoronó aun antes del drama de Santa Elena.

Y llegamos al final. «Reneguemos

—dice el señor Vasconcelos—del latinismo que desprecia el trabajo y sacrifica la libertad, para exaltar al soldado y la guerra. No somos latinos ni por la sangre ni por el espíritu. Convenigo con el articulista en esto último, pero, si no somos latinos, ¿a qué renegar de lo que no somos?

La verdad es que en todo el curso de la proclama del señor Vasconcelos hay mucha imprecisión, no poca inexactitud y sobrada injusticia. Quiere el articulista que aborrezcamos al latinismo, pero a un latinismo convencional, fabricado por el señor Vasconcelos, y que, por eso mismo, por no haber existido nunca, no constituye ningún peligro. ¿A qué, entonces, temer a un fantasma? ¿A qué renunciar a este Satanás inofensivo? Para nosotros, los iberoamericanos, el problema del momento no consiste en renegar del latinismo, o en adherirnos a él, ni en preocuparnos de estas cosas que ya están demasiado lejos, sino en declamar menos, en orientarnos mejor, en unirnos más. Tenemos una gran patria desarticulada, vasta pero débil, que no pesa en el concierto de las naciones.

Hé ahí la realidad tangible que reclama nuestra atención. Ni siquiera nos conocemos los unos a los otros, dentro de nuestro propio territorio continental. Nuestro esfuerzo, pues, ha de encaminarse, no hacia el repudio de éste o aquél viejo concepto, sino hacia la aproximación definitiva, hacia la comprensión mutua, hacia la orientación común, hacia la unificación del porvenir. Fórmulas que resuelvan estas cuestiones, y que descansen, al propio tiempo, en el deseo generoso de contribuir a la concordia humana y al mejoramiento integral del hombre, son las que los jóvenes americanos pedimos a nuestros guías, entre los cuales descuella el señor Vasconcelos, y no ideas imprecisas, clamorosas pero inconducentes frutos del prejuicio y de la impulsividad.

PABLO M. YNSFRAN

Asunción, junio de 1925.

(Para abreviar este precioso trabajo, he debido suprimir algunos renglones. Ojalá haya procedido yo con acierto.—E. J. R.)

# Repitiendo

Según el artículo 50 de nuestra Constitución Política, a nadie se le puede prohibir por razones de capacidad el ejercicio de su profesión u oficio. Nuestra Constitución señala solamente impedimentos de orden moral.

---

El buen juicio y la experiencia honda no reclaman más que un título: el de honradez. ¿Cuál es la escuela o facultad que puede conferirlo?

---

¿Hacia China o hacia la Alemania del siglo XIX?

La legislación económica y la legislación profesional de la Alemania grande de verdad, han sido redactadas con el espíritu que se revela en el siguiente pasaje de la circular promulgada por el Rey de Prusia el 26 de diciembre de 1808:

«Sin salir del terreno de la legalidad, hay que permitir a cada cual el libre desarrollo y empleo de sus aptitudes y de sus fuerzas. *El aumento del bienestar general no se consigue sino por obra de la libertad más completa.*»

Desoyendo las instancias de distintas corporaciones retrógradas, el gobierno alemán durante el siglo de las luces, se pronunció por regla general en contra de las pruebas de capacidad.

Mientras tanto, no había en China ni un grado de la jerarquía social que no se obtuviera mediante exámenes y concursos.

\*  
Cualesquiera que sean la buena fe y la buena voluntad que las inspiren, las medidas de protección resultan siempre desfavorables, particularmente en los países nuevos. Tienen éstos que soportar todos los inconvenientes del proteccionismo, sin recoger siquiera el beneficio ilusorio que lo hace ser aceptado en algunos Estados viejos.

Esto es claro y cierto siempre, trátese del proteccionismo económico o del proteccionismo intelectual.

Por el bien de todos, la protección del diploma o, en términos generales, la reglamentación profesional, debe ser evitada hasta donde sea posible.

Sea cual fuere el punto de vista desde el cual se las examine, las leyes profesionales son ante todo leyes proteccionistas y, como tales, hacen más mal que bien.

Al hombre hay que juzgarlo por sus actos y por el mérito de que da prueba; nunca por el diploma que haya logrado arrancar.

Los realmente dignos de un diploma son precisamente aquellos que no necesitan de protección artificial.

No hay diploma que pueda significar serias garantías de aptitud de parte del graduado. Jamás debe un diploma ser considerado como prueba de espíritu práctico o de buen juicio o siquiera de inteligencia. Un diploma constituye a lo sumo una simple presunción.

(Guarini)

«¡Exacto!» — exclama un profesor de patología que acaba de pasar por Costa Rica. — «Si todos los estudios son como los de medicina, le juro a Ud. que un diploma constituye una presunción... de ignorancia».

---

¿Se cree acaso que las leyes proteccionistas profesionales pueden servir para elevar la mentalidad de los jóvenes especialistas, o mejorar sus aptitudes? ¡Grosoro error! Un sistema de privilegios, que asegura beneficios ciertos, ¿cómo puede producir algo que no sea el descenso del celo de todos y, consiguientemente, el refuerzo de los defectos intelectuales?

La libertad es el factor primordial del progreso; la libertad, con la competencia que de ella deriva.—(*Guarini*).

---

De las carreras científicas, ¿cuál es actualmente la que da muestras de mayor degradación, aun en los países más adelantados? Justamente aquella que se ha querido reglamentar mejor, en nombre de la salud general: la medicina.

¿Se oye bien? ¡La medicina!

Véanse en ese espejo los profesionales que vienen detrás de los médicos, y mediten los legisladores.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

# Manifiesto

Habiendo sonado en alguna parte mi nombre, con motivo de las discusiones de estos días relativas al Colegio de Farmacéuticos, me parece oportuno recordar en pocas palabras los hechos que me conciernen.

Gracias sobre todo al esfuerzo benevolente y en absoluto desinteresado de don Ricardo Jiménez, el Congreso Constitucional me declaró «Miembro del Colegio de Farmacéuticos», el día 26 de junio de 1907. «EN ATENCIÓN A LOS SERVICIOS PRESTADOS EN LA ENSEÑANZA DE LA FARMACIA». (Ver «Gaceta Oficial», N.º 150, de 30 de junio de 1907).

CINCO AÑOS MÁS TARDE, ejerciendo la presidencia del Colegio el Lic. don Francisco Jiménez Núñez, la Junta Directiva dispuso que fuera yo inscrito en el Libro de Incorporaciones.

Eso es lo oficial. Véase ahora lo privado. Moralmente, no me he considerado ni quiero que nadie me considere como miembro del Colegio de Farmacéuticos. Desde el año mismo en que fuí inscrito en el Libro de Incorporaciones, el despacho de recetas de mi

botica está confiado a la superior vigilancia de un excelente farmacéutico: el Lic. don Manuel Trejos.

A mí solamente un título me halaga: el de profesor—o estudioso, que es lo mismo.

Partidario resuelto de la libertad profesional—que nuestra Constitución Política estatuye—aparto asqueado la vista de un colegio docente cuando no descubro en sus maniobras el intento de perfeccionar su función propia: la de centro universitario, que no agencia de policía.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

*La Tribuna*, jueves 8 de octubre de 1925.

---

## El abogado y el progreso social

Siempre hay algo nuevo en la práctica de la jurisprudencia. Ningún caso es exactamente igual a otro. Hoy se puede tropezar con algún caso criminal en que las sinuosidades de la naturaleza humana aparecen al desnudo ante los ojos; otro día con algún

caso de contratos en que entran en juego los intrincados intereses de una o más negociaciones en diferente ramo; ora con un caso de lesiones personales en que se hace necesario entender de física, química, medicina y cirugía; o con algún caso referente a cuestiones constitucionales que demanda conocimientos de la ciencia de gobierno y de los derechos abstractos del hombre. El cambio constante y el vasto campo en que se desarrollan las funciones de la profesión exigen que el jurista tenga conocimiento más o menos amplio de la ciencia gubernativa y de todas las avenidas del pensamiento, la investigación y progreso humanos. Considerada así la profesión como un instrumento de servicio público, como un auxiliar en los negocios, como una instrucción intelectual en los deberes de buen ciudadano, el estudio del derecho en sí, aun prescindiendo del lado práctico, justifica plenamente la existencia de la «Escuela de Derecho».

Durante los primeros años de la formación del colegio de abogados en los Estados Unidos, la práctica de la

jurisprudencia se reducía en su mayor parte a presentarse en defensa de uno u otro contendiente en querellas de vecindad. Intervenía en las aficciones, pequeñeces y avaricia de la humanidad. La idea de que un abogado puede evitar dificultades y disenciones, hacer que los asuntos humanos rueden más suave y prósperamente y convertirse en factor creador y constructivo en la vida industrial de la comunidad, era casi desconocida. Los hombres de negocios tenían la impresión definida de que la mayor tragedia de su vida sería cualquiera circunstancia que les obligara a ponerse en contacto con abogados y litigios. La práctica sanitaria consiste hoy en la práctica de la ciencia de conservar la salud, de preferencia a medicarse para recobrar la salud. En nuestros días, gran parte del deber del abogado es igualmente *procurar que los asuntos generales marchen bien.*

O. P. COCKERIL

(DECANO DE LA ESCUELA DE DERECHO  
EN LA UNIVERSITY OF NORTH DAKOTA)

OBRAS APARECIDAS  
EN LAS  
EDICIONES DE  
"NUESTRA AMERICA"

B. González Arrili  
LA VENUS CALCHAQUI

Leonardo A. Bazzano  
LOS QUE SUFREN

Carlos B. Quiroga  
CERRO NATIVO

---

*Próximamente, obras de*

*Juana de Ibarbourou, César A.  
Rodríguez, Victor Pérez Petit,  
Alberto Guillén, Saúl de Navarro,  
Alfonso Mejía Robledo, José Oller,  
Rogelio Stela, I. J. de Diego Padró,  
etc., etc.*

DIRIGIRSE A

**E. STEFANINI**

**SAN EDUARDO 2521  
BUENOS AIRES**